

A Jorge Reverte

*Inútilmente Guapo. Mi batalla contra el ictus*

Asistimos a un relato biográfico singular de un paciente también único, víctima de una enfermedad prevalente y con frecuencia grave, el ictus (la apoplejía). Jorge Reverte, escritor incansable enfrentado desde hace muchos años al relato de aventuras reales o imaginarias se ocupa en esta ocasión de un tema nuevo que sólo él conoce y sufre, un maldito ictus que ha quebrado sus movimientos, ha reducido su potencia motora, su visión binocular y su fluidez verbal. Una obstrucción arterial ha dejado sin sangre una delicadísima zona del cerebro (el bulbo raquídeo) donde residen los centros de zonas vitales, como la deglución o la articulación del lenguaje –funciones que se han visto afectadas-, pero que ha respetado lo más noble del ser humano, la inteligencia, la conciencia de la situación, la capacidad de entender el entorno. Una enfermedad que en el tranquilo discurrir de un día como otros, mientras discutía sobre tomates en una animada plaza madrileña, como si se tratara de un rayo o de un disparo, ha detenido su vida, le ha arrojado a una *uvi* de un gran hospital y posteriormente a una silla de ruedas de lo que, lentamente, se está recuperando, todo hay que decirlo.

Jorge en un alarde honestidad intelectual se mira al espejo y sabe que ese personaje que tiene delante es víctima de un ictus, que padece una experiencia que merece ser contada. En ese momento crítico, con una lucidez sorprendente empuña la pluma que ha dado sentido a su vida, y se dispone a contar todo lo que le evoca esta situación nueva. Por ejemplo, mira a los ojos a la muerte y la invita a una tertulia desdramatizada. Y la vence cuando demuestra que quiere vivir y que puede escribir en esa antesala póstuma su mejor biografía.

En España cada año sufren un ictus entre 80000 y 90000 personas (Iberictus). Esta enfermedad, muchas veces terrible, representa la segunda causa de mortalidad en nuestro país (la primera en mujeres).y la principal responsable de discapacidad. Los supervivientes deben superar con frecuencia importantes limitaciones motoras o cognitivas (hemiplejia, afasia, entre muchas posibles). Con la *docta ignorancia* (que no *crasa*) característica de la medicina es mucho lo que ya sabemos sobre ella pero es mucho también lo que ignoramos. Y aquí es donde Jorge hace este regalo a si mismo, al intensivista, al rehabilitador o al neurólogo que acostumbra a chascar los dedos junto a la cabeza del enfermo para comprobar la evolución de las excursiones oculares. Y es que la enfermedad afecta no sólo las vías motoras, por muy necesarias que sean,

también a una persona en toda su complejidad, con sentimientos, memoria, familia, amigos, valores, etc., y no es frecuente, no, que los enfermos nos expliquen el sangrado del costado humano de cada uno.

A Jorge Reverte le interesa el caso que tiene entre manos y no quiere desperdiciar esta oportunidad: la crónica de un ictus severo en su propia biología. Como Teresa de Jesús y su capacidad de autoobservación y talento literario para hablar de sus arrobamientos epilépticos, nos informa de primera mano cómo se vivencia un ictus. Es minucioso al referirse a las limitaciones sufridas, al cómo éstas han quebrado su unidad física, su proyecto vital, su condición humana o inhumana. Desde los primeros síntomas sabe bien la gravedad de su nueva situación y va descubriendo a un lisiado que resiste, que retiene secreciones pero que está vivo, que es capaz de discernir en ese abismo frío de la uvi al profesional insolente o las manipulaciones automáticas de su cuerpo por parte de los celadores y las enfermeras. Con un solo ojo registra de forma crítica y en silencio las miradas de los neurólogos o de las enfermeras, o los rítmicos y reiterativos sonidos de los monitores. Es, sin duda, un mundo en parte siniestro pero no pierde la confianza en los profesionales, ellos le devolverán las funciones, aunque reclama su condición humana y dignidad dentro de la rutina del quehacer médico. Su sonrisa eterna ante el visitante y su sentido del humor, soy testigo de ello, tratan de ocultar el pudor y el drama que internamente vive por su carnalidad enferma.

En las largas soledades de sus estancias repasa su historia como una última confesión. E imagina el futuro que le espera a este hombre nuevo pero con una invalidez que está tardando en desaparecer. Predispuesto, ¡ay!, a asumir el enojoso y aburrido mensaje de la paciencia, paciencia, paciencia, que todos le envían.

En definitiva, este libro nos enseña a todos que detrás de la más moderna tecnología o de un simple monitor, de una dificultad en la pronunciación o de unos ojos mal alineados existe un ser humano que padece aferrado a la esperanza, que añora el paraíso terrenal como un plato de verdinas con vino, que quiere recuperar esa mano torpe para poder depositar su voto o usar cuanto antes el ordenador. Que aquí no ha pasado nada.

Esteban García-Albea